Entstellung, la estructura del Ello

Entstellung, the structure of the Id

Gianfranco Cattaneo Rodríguez.*

Universidad Andrés Bello.

gcattaneo@unab.cl

DOI: 10.5281/zenodo.13864585

Recibido: 11/04/2024 **Aceptado:** 01/06/2024

Resumen: Tal como fue presentada por Freud, la estructura del Ello comporta una paradoja esencial. En este trabajo daremos cuenta de ella a partir del concepto de Entstellung, siguiendo principalmente lo propuesto por Lacan en su escrito Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache. Primero, desarrollaremos cada una de las consideraciones freudianas acerca de la estructura del Ello presentadas allí. Luego, que son precisamente las dificultades que implican estas consideraciones, debido a lo poco concordantes que demuestran ser entre sí cuando se las quiere tomar en conjunto, lo que lleva a Lacan a justificar la necesidad de la función del significante para todo abordaje posible de la estructura del Ello tal como fue presentada por Freud. Por último, por qué las distintas traducciones que permite el término Entstellung esclarecen la articulación de la defensa con la pulsión y precisan las relaciones del sujeto del inconsciente con la estructura del significante.

Palabras clave: Ello, Entstellung, inconsciente, pulsión, sujeto.

Abstract: As presented by Freud, the structure of the Id entails an essential paradox. In this work we will give an account of that paradox based on the concept of Entstellung, mainly following what was proposed by Lacan in his work Remarks on Daniel Lagache's Presentation. First, we will develop each of the Freudian considerations about the structure of the Id presented there. Then, that it is precisely the difficulties that these considerations imply, due to how little they prove to agree with each other when they are taken together, that leads Lacan to justify the need for the function of the signifier for every possible approach to structure of the Id as presented by Freud. Finally, why the different translations allowed by the term Entstellung clarify the articulation of the defense with the drive and allows to specify the relationships of the subject of the unconscious with the structure of the signifier.

Keywords: Id, Entstellung, unconscious, drive, subject.

* Gianfranco Cattaneo Rodríguez es psicoanalista. Profesor de la Carrera de Psicología de la Universidad Andrés Bello. El presente texto fue escrito en el marco del proyecto Fondecyt Regular 1210037.
<https://orcid.org/0000-0002-4266-0731>

1. Dinámica, estructura y el “silencio” de Freud.

Interrogar la estructura del Ello con el fin de situar allí al sujeto exige pagar un precio, como señala Lacan en sus *Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache*: el de “no rehusarse al golpe frontal de las paradojas” que tal estructura involucra en el pensamiento de Freud (Lacan, 2008a, p. 626). La negativa a pagar ese precio y confrontarse con el hecho de que las paradojas en Freud no necesitan ser conciliadas para acceder a su pensamiento, es lo que estaría a la base del panorama teórico en el psicoanálisis descrito por Daniel Lagache en el capítulo V del *informe* comentado por Lacan. Existe un abordaje claramente disímil del concepto del Ello, señala Lagache, lo que se demuestra en el hecho de que los trabajos psicoanalíticos que tienen por objeto a las pulsiones, vale decir, las investigaciones que implican el Ello a partir de su contenido desde una perspectiva económico-dinámica, sean mucho más numerosos que aquellos que tratan del Ello como “concepto estructural” (siendo el de Lagache uno de estos últimos). Este estado de situación de los puntos de vista más corrientes dentro del psicoanálisis, como afirma Lagache, se vuelve crítico desde el momento en que el resultado que arroja su catastro es una “simplificación y un empobrecimiento” del concepto freudiano (Lagache, 1982, p. 204-205). Si a partir de este panorama descrito por Lagache nos permitiéramos organizar una especie de genealogía, no podríamos dejar de reconocer en todo abordaje económico-dinámico del Ello la marca indeleble de la *Teoría psicoanalítica de las neurosis* de Otto Fenichel (Fenichel, 2008, p. 30-32). Esta genealogía encontraría una justificación principalmente política. El proyecto de Otto Fenichel de una nueva traducción de las obras de Freud, cuyo propósito principal era evitar la disolución teórica y práctica del psicoanálisis en los Estados Unidos, es contemporánea a la publicación del texto de Fenichel. En una conferencia pronunciada en Detroit en 1943 (*Teoría psicoanalítica de las neurosis* se publica en inglés dos años después), Fenichel apuntalaba la necesidad de contar con una traducción al inglés “oficial y sin errores”, debido a que “las confusiones, malentendidos, desviaciones y tentaciones actuales en el movimiento psicoanalítico, hacen deseable que la esencia de la *psicología dinámica freudiana* sea formulada de un modo inequívoco” (Gasteasoro, 2019, p. 102-103). Por otro lado, la tradición del abordaje estructural, que es la que aquí nos importa fundamentalmente porque es con la que Lacan y Lagache, de manera muy distintas como veremos en lo que sigue, tienen que vérselas, no podría ordenarse más que como una respuesta al *Apéndice B* a *El yo y el ello* de James Strachey,

titulado *El gran reservorio de la libido*. Strachey fue el primero en llamar la atención de la posteridad freudiana acerca de las “considerables dificultades” que depara la introducción del Ello como el nuevo “reservorio de libido” (Freud, 2008b, p. 63).

Strachey aborda esas dificultades principalmente a partir de dos señalamientos de Freud sobre las relaciones entre el yo y ello. Luego de la separación entre el yo y el ello, dice Freud en una nota al pie del tercer capítulo de *El yo y el ello*, “debemos reconocer al ello como el gran reservorio de la libido, en el sentido de *Introducción del narcisismo*. La libido que afluye al yo a través de las identificaciones descritas produce su “narcisismo secundario” (n, p. 32). Algunas páginas más adelante Freud vuelve a examinar la cuestión, reiterando que la necesidad de ampliar la doctrina del narcisismo, ya que al principio “toda la libido está acumulada en el ello, en tanto el yo se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble [...] por lo tanto, el narcisismo del yo es un narcisismo secundario, sustraído de los objetos” (p. 47). A pesar de lo entendible que sea la nueva perspectiva de Freud, esta choca, como muestra Strachey, con lo escrito por Freud solo un año después de *El yo y el ello*. En la *Presentación autobiográfica*, Freud sostiene que “durante la vida entera el yo sigue siendo el gran reservorio de la libido del cual son emitidas investiduras de objeto y a la cual la libido puede refluir desde los objetos” (p. 64). Freud no avanza de una sola vez y, como indica Strachey, llega a denunciar él mismo la dificultad con la que se encuentra en uno de sus últimos escritos, *Esquema del psicoanálisis* (Freud, 2008c). Es difícil enunciar algo “sobre el comportamiento de la libido dentro del ello [...] todo cuanto sabemos acerca de esto se refiere al yo, en el cual se almacena inicialmente todo el monto disponible de libido” (p. 64).

Ahora bien, Strachey se rehúsa a entender esta vacilación de Freud como una retractación a lo expresado en *El yo y el ello* e intenta conciliar estos puntos de vista contradictorios. Primero, apelando a algo que él mismo denomina una trivialidad. La analogía del “reservorio” [*große Reservoir der Libido; great reservoir of libido*] utilizada por Freud es ambigua por naturaleza, señala Strachey, “ya que un reservorio puede ser tanto un tanque para el almacenamiento de agua como una fuente aprovisionadora de agua. Nada impide aplicar la imagen en ambos sentidos al yo y al ello” (p. 65). Todo sería más claro, escribe Strachey, si Freud hubiese sido explícito, en los párrafos recién citados, sobre cuál imagen tenía presente. Pero es el segundo intento de conciliación el que comporta mayor relevancia según

Strachey, ya que es donde se encuentra la verdadera esencia de la teoría de Freud. Se trata del estado de indiferenciación primario entre el yo y el ello. En *Esquema del psicoanálisis*, justo antes del párrafo recién citado, Freud se representa un estado inicial de las instancias psíquicas en que “la íntegra energía disponible de Eros, que desde ahora llamaremos libido, está presente en el yo-ello todavía indiferenciado” (p. 65). Este ello-yo reduciría la aparente contradicción, concluye Strachey, ya que esta instancia indiferenciada es el verdadero “gran reservorio” de la libido, en el sentido de un tanque de almacenamiento. Sobrevvenida la diferenciación, el ello sigue como el tanque de almacenamiento, pero al comenzar a enviar investiduras, se convierte además en una fuente aprovisionadora. Lo que también es válido para el yo, que sería tanto el tanque de almacenamiento de la libido narcisista como la fuente aprovisionadora de investiduras de objeto (p. 65). Sin embargo, esta reducción de la contradicción es solo puntual, ya que Strachey vuelve a ver mostrar que la opinión de Freud no deja de oscilar acerca del lugar en que ocurre el almacenamiento inicial y la provisión posterior de la libido recurriendo a los mismos textos ya citados. En definitiva se producen dos procesos diversos y es posible que ambos tengan lugar, indistintamente en el yo o en ello. Pero esto, escribe finalmente Strachey, “Freud guarda silencio” (p. 66).

El punto en el que Strachey se detiene funciona para Lagache como una justificación suficiente para advertir del riesgo que se corre en la teoría si acerca del Ello como concepto estructural “nos vemos reducidos, limitados” solo a lo que escribió Freud. Es lo que justifica además que la condición para enriquecer el concepto freudiano sea no limitarse a la definición del Ello como “depósito” de pulsiones. De mantener la noción de depósito pulsional el concepto no puede más que empobrecerse, ya que, en opinión de Lagache, esta imagen no hace más que convocar puntos de vista biologizantes que naturalizan al Ello. Sin embargo, para poder sostener este rechazo al organicismo, Lagache tiene que recurrir a unos “puntos de vista a los que Freud nunca renunció”, haciendo como si la opinión de Freud acerca del Ello hubiese sido una sola. Solo al omitir las “considerables dificultades” que pesquisa Strachey, Lagache es capaz de oponer “sin equívoco” lo innato y lo adquirido y afirmar que el Ello no es un depósito de pulsiones sino un “conjunto de relaciones de objeto no estructuradas pero funcionales” (Lagache, 1982, p. 204-206). Volviendo unitaria y coherente la opinión de Freud, Lagache puede hacer del Ello una instancia potencialmente funcional, someter su estructura a los fines de una “estructura de la personalidad”, que estratifica las funciones de

relación de una persona con el mundo y consigo misma y, finalmente, concebir al lenguaje como una pura función semántica que permitiría separar, durante el tratamiento psicoanalítico, el análisis del material del análisis de las resistencias (Lagache, 1982, p. 192-193).

Si en vez de intentar enderezar la opinión de Freud haciendo a un lado ese punto límite en el que Strachey se detiene tomamos en consideración la exigencia de Lacan con la que comenzamos, podremos ver despuntar, en el límite del discurso de Freud, el fundamento mismo de la estructura del ello. Strachey, como él mismo declara, busca conciliar la paradoja que nos legó Freud. Es una paradoja ya que Freud vacila pero no se retracta. Avanza acumulando contradicciones. Al no poder lograr esa conciliación, Strachey finalmente se detiene en el silencio de Freud. Según Strachey, entonces, Freud no calló simplemente, sino que terminó guardando silencio. Como si Freud hubiera tenido en su poder la solución que no pudo, o que simplemente no quiso, entregar. Vale decir, en la perspectiva de Strachey, la conciliación de la paradoja freudiana no abandona nunca el horizonte, nunca deja de ser posible.

Freud se quedó con la última palabra acerca de la estructura del ello. Pero el silencio con que Strachey se encuentra ¿es tan evidente que sea de Freud? No rehusarse “al choque frontal de las paradojas”, tal como exige Lacan, tiene que llevarnos a responder que no. El silencio, como escribe Freud en el último párrafo de *El yo y el ello*, es el de las “mudas pero poderosas pulsiones de muerte”:

El ello, a quien nos vemos reconducidos al final, no tiene medio alguno para testimoniar amor u odio al yo. Ello no puede decir lo que ello quiere; no ha consumado ninguna voluntad unitaria. Eros y pulsión de muerte luchan en el ello; dijimos ya con qué medios cada una de estas pulsiones se defiende de la otra. Podríamos figurarlo como si el ello estuviera bajo el imperio de las mudas pero poderosas pulsiones de muerte, que tienen reposo y querrían llamar a reposo a Eros, el perturbador de la paz, siguiendo las señas del principio de placer; no obstante, nos preocupa que así subestimemos el papel de Eros (p. 59).

No existe conciliación alguna para la batalla que libran en el ello Eros y pulsión de muerte. El ello está desorganizado porque Eros y pulsión de muerte aspiran a reestablecer un estado anterior perturbado por la génesis de la vida pero

defendiéndose cada una de la otra. Si es esta ausencia de una voluntad unitaria en el ello lo que organiza su estructura, lo que le impide testimoniar al yo, desde el ideal del yo, tanto amor como odio, la única manera de situar un sujeto en esta estructura es confrontándose con las paradojas a través de las cuales el silencio de la tendencia pulsional se hace presente. Como es la duplicidad la que la funda, la paradoja no es un accidente en la argumentación de Freud, sino algo consustancial a la estructura del ello. La paradoja es lo que vuelve a la estructura del inconsciente irreductible a toda dinámica psíquica que pretenda, simplemente, rectificar lo que le resulta ajeno para luego restituirlo a una posición original, fundamento sobre el cual sería posible contraer la contradicción y superarla para los fines de la representación. Y para dar cuenta de una estructura como esta, que exhibe esta distorsión esencial, este desplazamiento sin posición original – en definitiva, para dar cuenta de una estructura del inconsciente sin sujeto– es necesario recurrir a un concepto que funciona en Freud como la precondition general para todo abordaje posible del inconsciente, el concepto de *Entstellung*.

En lo que sigue nos abocaremos a dar cuenta de este recurso necesario a la *Entstellung* a partir de lo propuesto por Lacan en *Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache*. Primero desarrollaremos cada de una de las consideraciones freudianas acerca de la estructura del Ello presentadas ahí (2008a, p. 626). Luego, que son precisamente las dificultades que estas consideraciones introducen, debido a lo poco concordantes que muestran ser entre sí cuando son tomadas en conjunto, lo que lleva a Lacan a confirmar “la imposibilidad en que se está de prescindir de la función del significante” (p. 627) para todo abordaje posible de la estructura del Ello. Por último, mostraremos por qué el concepto de *Entstellung*, que dejamos sin traducir para referirlo a sus distintas acepciones, permite aclarar la articulación de la defensa con la pulsión y precisar las relaciones del sujeto con la estructura del significante.

2. Ello es *inorganizado*. Indestructibilidad de lo reprimido y automatismo de repetición.

La primera de las consideraciones es el que el Ello es inorganizado. En *El yo y el ello* Freud deduce esta característica del Ello a partir del funcionamiento del yo en el análisis. Después de confirmar que las distinciones que establecen las concepciones descriptivas y dinámica del inconsciente no alcanzan o resultan

insuficientes para dar cuenta de la práctica analítica, Freud pone a prueba la representación del yo como “una organización coherente de proceso anímicos”. Del yo dependerían la conciencia y el acceso a la motilidad bajo la forma de descargas de excitaciones en el mundo exterior. Del gobierno del yo partirían también las represiones. En el análisis, lo hecho a un lado por la represión y que se contrapone al yo se presenta en el analizado como resistencia a ocuparse de lo reprimido por medio de sus asociaciones. Aun cuando es la tarea que le encarga el tratamiento, bajo la forma de la regla fundamental, se observa que sus asociaciones fallan cuando deberían aproximarse a lo reprimido. La labor del análisis en este punto es indicar el surgimiento de la resistencia en el yo y cancelarla. Sin embargo, aun cuando la resistencia parte del yo este no sabe nada de al respecto. A pesar de la aparición de sentimientos de displacer con los que debiera deducir la resistencia que está actuando sobre él, este “no sabe nombrarla ni indicarla” señala Freud. De esta manera se encuentra en el yo algo inconsciente que se comporta tal como lo hace lo reprimido, vale decir, que “se exterioriza en efectos intensos sin devenir consciente, y se necesita de un trabajo particular para hacerlo consciente”. La comprensión estructural de la vida anímica obliga a redefinir el conflicto de la neurosis no a partir de la distinción entre consciente e inconsciente sino de la oposición “entre el yo coherente y lo reprimido escindido de él” (p. 18-19). Además, trae consecuencias para las concepciones de lo inconsciente. Lo inconsciente ya no puede coincidir con lo reprimido desde el momento en que el yo también puede ser inconsciente. Sigue siendo correcto, escribe Freud, que todo reprimido es inconsciente, pero no todo inconsciente es, por serlo, reprimido (p. 19).

El individuo psíquico no se confunde con el yo. Es un ello psíquico inconsciente sobre el que se asienta el yo, como una superficie desarrollada a partir de sus relaciones con la percepción. Por lo tanto, el yo no está separado tajantemente del ello sino que es una “parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior” (p. 25-26). Por esta razón el yo no envuelve completamente al ello, sino solo en la extensión que forma la superficie de la percepción, “como el disco germinal se asienta sobre el huevo”. La percepción es el núcleo desde el cual parte el yo y se extiende primero hasta el preconscious, apuntalado en los restos mnémicos de palabra. A esto se debe que el preconscious, como dice Freud, tenga un “particular origen sensorial”, ya que la palabra es, propiamente, “resto mnémico de palabra oída” (p. 22). Como solo puede hacerse consciente lo que alguna vez

fue percepción, las representaciones palabra son restos mnémicos que puedan volver a la consciencia. De la correspondiente conexión con las representación-palabra depende que lo que es en sí inconsciente se vuelva preconsciente. De su mediación depende además que una moción psíquica se convierta en percepción para que el yo puede ejercer su dominio sobre ella, rechazándola o integrándola a sí, y por último, de su restablecimiento como eslabones intermedios mediante el trabajo analítico depende que algo reprimido puede hacerse preconsciente y susceptible de consciencia (p. 22-23). Pero el yo es fundamentalmente inconsciente tal como lo demuestra la resistencia en el análisis. El yo es vivido por algo de lo que nada sabe en la medida en que todo su saber proviene de la percepción exterior y está ligado a la conciencia (p. 25). Por esta razón las representaciones segregadas por el yo coherente mediante las resistencias de represión no son otra cosa más que una parte del ello. Lo reprimido confluye así con el ello, dice Freud, por lo que en el silencio de las asociaciones lo segregado del yo sigue comunicando con el yo a través del ello (p. 26). De nada sirve al yo ejercer la potestad que le ha sido asignada en el acceso a la motilidad. Porque con relación al ello, la representación ya no se orienta en relación con la percepción. El yo deberá hacerse de la fuerza del ello para hacerle frente y dominarlo, conduciéndolo hacia donde ello quiera ir y haciendo propia su voluntad. Si el psicoanálisis es un instrumento destinado a permitirle al yo la conquista del ello es porque reconoce la servidumbre de este a lo que procura someter (p. 27; 56).

El Ello es inorganizado porque no responde a la organización de la representación y de la represión que le es correlativa. Desde que queda demostrado que el yo también puede ser inconsciente, lo inconsciente deja de coincidir con lo reprimido. Esto es lo que explica que en la perspectiva de esta instancia, como señala Lacan, deban reunirse al mismo tiempo “la indestructibilidad primeramente afirmada (y mantenida) de lo reprimido que encontramos en ella con el automatismo últimamente cuestionado de la repetición que debe regresar de allí” (Lacan, 2008a, p. 626). Porque no deja de ser correcto, tal como escribe Freud, que todo lo reprimido es inconsciente, pero hay algo inconsciente que no está reprimido y es justamente eso lo que pone en marcha el trabajo de la representación psíquica y la posterior represión. El trabajo de representación se pone en marcha con la fuerza que el yo tiene que tomar prestada del ello, por lo que el saber sobre el inconsciente no terminará nunca de levantar la hipoteca de ese no conocido que permanece como tal. Esta indestructibilidad de lo reprimido en el Ello, anunciada tan

tempranamente por Freud como una “particularidad destacada de los procesos psíquicos inconscientes”, ya que en el inconsciente “a nada puede ponerse fin, nada es pasado o está olvidado”, (Freud, 2008d, p. 569), es lo que aproxima a *El yo y el ello* con lo iniciado en *Más allá del principio de placer* a propósito del automatismo de repetición. Como dice en el prólogo de *El yo y el ello*, Freud pretende retomar las “especulaciones” biológicas de *Más allá del principio de placer*, sintetizándolas a partir de su enlace con “diversos hechos de la clínica” (p. 13).

Haciendo referencia a las modificaciones que han sufrido las metas inmediatas de la técnica psicoanalítica, en *Más allá del principio de placer* Freud hace hincapié, como ya lo había hecho en *Recordar, repetir y reelaborar*, en el papel organizador que el recordar y el repetir han jugado en tales modificaciones. Después de un periodo en el que el psicoanálisis fue considerado sobre todo como un arte de la interpretación y de uno en el que no se contentaba solo con comunicarla al analizado sino que esperaba encontrar en el recuerdo de este su corroboración, lo que hizo que las resistencias adquirieran la mayor relevancia, Freud se encuentra con que la tarea terapéutica, que se ha mantenido idéntica, como señala en *Recordar, repetir, reelaborar*: en “términos descriptivos llenar las lagunas del recuerdo; en términos dinámicos, vencer las resistencias de represión” (Freud, 2008e, p. 149-150), queda nuevamente sin solución plena ya que el enfermo puede no recordar todo lo que hay en él de reprimido, “acaso justamente lo esencial” (p. 18). La meta terapéutica de volver consciente lo inconsciente queda inacabada por esta razón porque sin el recuerdo el enfermo no es capaz de adquirir convencimiento alguno sobre la construcción que se le presenta. En vez de recordar “en calidad de fragmento del pasado”, el enfermo “se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente”, reproduce en el análisis con fidelidad no deseada un fragmento de su vida sexual infantil y, por lo tanto, del complejo de Edipo y sus ramificaciones (p. 18). Como la repetición se juega en el terreno de la transferencia, es decir, en la relación con el médico, llegado a este punto la anterior enfermedad es sustituida por una neurosis de transferencia que el analista se esfuerza en restringir su campo todo lo posible, esforzando al máximo el recuerdo y admitiendo la mínima repetición (p. 19). Sin embargo, esta fase del análisis no puede ahorrarse al analizado. El analista tiene que restringir el campo de la repetición al de la transferencia permitiéndole “revivenciar cierto fragmento de su vida olvidada” (p. 19). Ahora bien, sería caer en un error entender que enfrentarse con esta “compulsión de repetición” uno se enfrenta con una resistencia de lo

inconsciente a ser recordado. Que el recuerdo se deniegue, que no se reproduzca sino que se actúe en la transferencia, no quiere decir que el inconsciente resista a los esfuerzos de la cura. Por el contrario, lo reprimido no ofrece resistencia alguna a dichos esfuerzos. No aspira más que a irrumpir hasta la conciencia o hasta la descarga (p. 19). A pesar de que la compulsión a la repetición debe adscribirse a lo reprimido inconsciente, esta no podrá exteriorizarse mientras “el trabajo solicitante de la cura no haya aflojado la represión” (p. 20). Esto quiere decir que es la transferencia, y no el analista, lo que viene en auxilio de la compulsión a la repetición prestándose a ella, “solicitándola”, con el fin de que las vivencias penosas del período sexual infantil puedan encontrar alguna forma de elaboración y que la represión es “aflojada” a su vez por esta solicitud del asumido de que ya hay algo que recordar y que traer hasta la conciencia y que se lo mantiene a raya por los esfuerzos de la resistencia. Esta confusión acerca del estatuto de lo reprimido ejecutada por la resistencia del yo (pre)consciente, encuentra su asidero en la regulación “automática” que el principio del placer ejerce sobre los procesos anímicos. El yo quiere ahorrarse el displacer que se produciría producto de la liberación de lo reprimido. Lo que la compulsión de repetición haría revivenciar no podría más que provocarle displacer “al sacar a la luz las operaciones pulsionales reprimidas” (p. 20), mientras que el análisis precisa que se tolere una cuota de ese displacer invocando a su favor al principio de realidad. Sin embargo, esta forma de displacer no presenta ninguna novedad para la teoría psicoanalítica ya que no contradice el principio del placer. Por esta razón reconoció como condición para la represión que el placer para un sistema sea al mismo tiempo displacer para otro y que el displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción (Freud, 2008f, p. 142). Mientras que el “hecho nuevo y asombroso” que Freud describe y analiza en *Más allá...*, y que significa un avance respecto de lo dicho por él en ese momento, es que “la compulsión a la repetición trae de vuelta vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsiones reprimidas en ese entonces” (p. 20).

La compulsión a la repetición revela de manera forzosa el destino de la vida sexual infantil. Porque sus deseos eran inconciliables con la realidad y con la etapa evolutiva del niño en que la sexualidad aparece, estos quedan sepultados luego de ocasiones penosas y de sensaciones hondamente dolorosas. El fracaso y la pérdida del amor dejaron como secuela imborrable un daño en el sentimiento de sí del

niño; la investigación sexual infantil no obtuvo una conclusión satisfactoria proyectándose en su capacidad de logro en su vida posterior; el vínculo con el progenitor del sexo opuesto sucumbe al desengaño y la vana espera de satisfacción, a lo que se suman los celos por el hermano, el retiro de la ternura por las exigencias de la educación y el “desaire” que significan los castigos que pudiera llegar a recibir. Son todas estas situaciones dolorosas las que los neuróticos reaniman en la transferencia “con gran habilidad”, manejando la transferencia para recibir un trato conforme a esas vivencias infantiles. Pero como nada de todo aquello pudo provocar placer en aquel entonces, su emergencia como recuerdo en vez de como vivencia presente no produciría un displacer menor al que produce. Lo que está en acción en la transferencia son pulsiones que no produjeron la satisfacción a la que estaban destinadas, sino que solo condujeron al displacer. Se repite una experiencia hecha en vano y “se la repite a pesar de todo; una compulsión esfuerza a ello” (p. 21). Ante este destino intratable proveniente de los influjos de la sexualidad infantil el yo se comporta de manera esencialmente pasiva. El yo es vivido por un destino a la vez propio y ajeno, va a la deriva empujado por la fuerza ingobernable de las pulsiones, vale decir, precisamente como Freud, en *El yo y el ello*, caracterizará la relación del yo con el ello (p. 25).

La compulsión en el analizado de repetir en la transferencia los episodios del período infantil de la vida “se sitúa, en todos los sentidos, más allá del principio de placer” (p. 36), ya que no hay manera de reencontrar en ella la identidad que sería la fuente del placer. Lo que enseña el comportamiento infantil del analizado es que las huellas mnémicas reprimidas de sus vivencias primordiales no subsisten en el inconsciente en estado ligado. Por esta condición no son susceptibles de proceso secundario pero son capaces de formar, adhiriéndose a restos diurnos, la fantasía de deseo que se figura en el sueño (Freud, 2008a, p.36; 2008d, p. 557). La “habilidad” del neurótico que destaca Freud consiste entonces en la manera en que se las arregla para producir, y no para reencontrar, en la respuesta del analista, una identidad para sus vivencias infantiles. Si la repetición en la transferencia se sitúa “en todos los sentidos” más allá del principio de placer, esta no se confunde con la reproducción “de lo mismo” o con volver a hacer “las mismas” experiencias que se hicieron en el pasado. Un análisis no podrá nunca alcanzar su desenlace mientras se omite esta distinción. Es por esta razón que Freud aclara que la repetición entendida como el “retorno de lo igual” no es propia del psicoanálisis. Es una apreciación que hacen fuera de la transferencia personas no neuróticas que

presienten la existencia de un destino que las persigue y las conduce siempre a idénticas vivencias con un idéntico desenlace pero que no se ha formulado aún en un conflicto psíquico tramitado mediante un síntoma particular (p. 21-22). Si no es cuestión de impedir la repetición sino de solicitarla para la transferencia restringiéndola a su campo de acción, la pregunta que surge es cómo formular un saber acerca de ella sin recurrir a lo mismo como patrón. Con ese fin, la represión y la resistencia, ya “aflojadas” por la transferencia respecto del principio del placer, jugarán su papel.

La repetición posee un carácter pulsional. Nos permite comprender una característica universal de la pulsión. Toda pulsión, dirá Freud, “es un esfuerzo de retorno, inherente a lo orgánico vivo, de reproducir un estado anterior” (p. 36). Este estado anterior debió ser resignado por la incidencia de fuerzas perturbadoras externas a inercia de la vida orgánica. Como la pulsión se exterioriza en el esfuerzo de restablecimiento de un estado anterior, todo progreso o desarrollo tendrá que caer en la cuenta de los desvíos introducidos en ese camino de retorno. Ahora bien, el estado inicial abandonado por lo vivo, y que lo vivo quisiera conservar en su aspiración de retorno, no podría ser otro, según Freud, que la muerte. Todo lo vivo muere, por lo que el regreso anhelado es a lo inorgánico que estaba ahí antes que lo vivo (p. 38). La vida es un rodeo más o menos largo hacia la muerte. El organismo lucha y se afirma contra el mundo, extiende su camino y conserva la vida por todos los rodeos de la evolución, evita por todos los medios las influencias que podrían llevarlo a alcanzar la meta por el camino más corto, para poder morir a su manera (p. 39). No existe una pulsión de progreso ni de perfeccionamiento. Uno y otro no son más que la perturbación de la inercia, el desvío del retorno, vale decir, la represión de la pulsión o la ligadura de su excitación para su puesta en forma psíquica. El fracaso de esta es lo que produce una perturbación análoga a la neurosis traumática y su logro es lo que pone en funcionamiento el principio del placer. Así, la satisfacción plena a la que nunca cesa de aspirar la pulsión reprimida consistiría, a partir de la represión de la pulsión, en la repetición de una “vivencia primaria de satisfacción”. Este camino no puede ser cancelado en su tensión acuciante por ninguna formación sustitutiva, pero puede ser obstruido mediante las resistencias, que es lo que permite que las represiones se mantengan en pie. Por lo tanto, en el intento de reproducir la experiencia originaria de satisfacción lo que se repite es el fracaso del reencuentro con el origen, al mismo tiempo que el fracaso del reencuentro con el origen es el éxito de la ligadura de la excitación pulsional.

El “factor pulsionante”, producido por la diferencia entre el placer de satisfacción pretendido y el obtenido, abre un camino hacia adelante que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas. El camino que desde aquí se ha abierto, tal como insiste Freud, todavía se encuentra expedito y no tiene perspectiva ni de clausurar su marcha ni de alcanzar la meta (p. 42). Porque sin la meta de reproducir el origen, no queda más que avanzar por un sentido indómito [*ungebändigt*], que inaugura para el sujeto un porvenir.

3. La estructura de las pulsiones que componen en el Ello no incluyen la negación.

La segunda consideración acerca de la estructura del Ello, señalada por Lacan en *Observaciones...*, concierne a los elementos cuyas leyes Freud articuló primero en el inconsciente y que luego utilizó para articular la estructura de las pulsiones. Es decir, que no incluyen la negación. En las pulsiones que habitan el Ello “no hay contradicción que valga, es decir, que reciba su efecto de la exclusión lógica” (p. 626).

Los procesos psíquicos del sistema *Icc*, como escribe Freud en *Lo inconsciente*, exhiben propiedades particulares que no se encuentran en los demás sistemas. Para entender de qué se tratan esas propiedades, debemos recordar que si Freud habla de sistema y utiliza la correspondiente abreviatura para que ese uso de la palabra se reconozca en la escritura, se debe a la necesidad, dejada en claro por Freud desde el comienzo del texto, de distanciarse de “la psicología descriptiva de la conciencia” para avanzar hacia una consideración metapsicológica de la vida psíquica. La propuesta de unos sistemas psíquicos procura al psicoanálisis un nuevo planteamiento y contenido, que prescinde de la “condición de consciente” para caracterizar a los actos psíquicos. De la misma manera que la “condición de inconsciente” es solo una marca de lo psíquico que de ninguna manera es suficiente para caracterizar a los actos psíquicos inconscientes, la conciencia tampoco se puede entender como una condición para lo consciente. Lo consciente no lo es siempre, por lo que sería más correcto hablar de actos psíquicos latentes o susceptibles de conciencia lo que hace participar de las propiedades del sistema *Cc* al *Prec*. Por lo tanto, la conciencia no es el criterio de distinción entre los sistemas porque no mantiene un vínculo simple ni con ellos ni con la censura psíquica. Pero además, como los actos psíquicos se clasifican fundamentalmente por el modo de

relación que establecen con la pulsión y sus metas, la oposición entre consciente e inconsciente, como estados psíquicos diversos, no solo es insuficiente sino que carece de toda pertinencia. Una pulsión nunca pasa a ser objeto de la consciencia, solo puede serlo una representación que es su representante [*nur die Vorstellung, die ihn repräsentiert*]. Tampoco puede estar representada en el inconsciente si no es por la representación [*Er kann aber auch im Unbewußten nicht anders als durch die Vorstellung repräsentiert sein*] (Freud, 2008g, p. 169, 173, 189). Solo porque se adhiere a una representación volviéndola su representante es posible saber algo de la pulsión, por lo que la pulsión no es ni una representación ni un objeto de la representación. De esta manera entendemos que el núcleo del sistema *Icc* consista para Freud en “agencias representantes de pulsión” [*Triebrepräsenz*] que quieren descargar su investidura, vale decir, en “mociones de deseo” (p. 183). Estas mociones pulsionales están coordinadas entre sí, subsisten unas con otras sin influirse y no se contradicen entre ellas (p. 183). Cuando las metas de estas mociones pulsionales parecen inconciliables, estas no se cancelan, sino que se formula una meta intermedia o de compromiso entre ellas. Dentro del sistema *Icc* no existe la negación, la duda, ni grado alguno de certeza. Esto solo es introducido luego mediante el trabajo de la censura que actúa sobre representaciones en la frontera entre el sistema *Icc* y el *Precc* (p. 177, 183).

Ya en la *Interpretación de los sueños* Freud se había referido a esta operación fronteriza de la censura a propósito de su papel en la elaboración del sueño. Hay veces, señala ahí Freud, que en el sueño nos enfadamos o nos mostramos reacios respecto de un fragmento del contenido del sueño. No obstante su apariencia, la mayor parte de esta crítica no se dirige sin embargo al contenido del sueño sino que es parte del material onírico. Es la parte de la crítica que participa del texto del sueño. Mientras que hay otra parte de ella que no se puede derivar de la misma manera hacia el texto del sueño. La crítica despreciativa *esto no es más que un sueño*, que anuncia muchas veces el despertar y que busca restarle significatividad o valor al sueño, no proviene de los pensamientos oníricos sino de la función psíquica de la censura. Como es demasiado tarde para sofocarlo, a la censura solo le queda admitirlo saliéndole al paso mediante una observación como esa. Entendemos de esta manera, dice Freud, que no todo el contenido del sueño proviene entonces de los pensamientos oníricos. La instancia censoradora tiene una participación regular en la formación del sueño. No solo introduce restricciones y omisiones en el contenido del sueño, también es la responsable de las intercalaciones que

acrecientan su extensión. Estas últimas son reconocibles con facilidad. Son todas las partes del sueño que se relatan con titubeos, que se introducen mediante la duda y el “como si” y que se insertan siempre en el enlace entre dos fragmentos de contenido del sueño, facilitando el nexo ellos. Por esta razón su capacidad de permanencia en la memoria es menor que la del material onírico. Estos “pensamientos aglutinantes” son lo primero que se olvida del sueño, justificando la sensación usual de que hemos soñado más de lo que alcanzamos a recordar. Lo que finalmente delata a este fragmento del trabajo del sueño, concluye Freud, es su carácter tendencioso. Intenta tapar las lagunas del sueño para que pierda su aspecto absurdo e incoherente y se acerque al modelo de una vivencia inteligible según los parámetros de la conciencia. La censura interpreta el sueño de antemano, le construye una fachada privilegiando las partes que le parecen más claras (p. 485-487).

Esta “sustracción de valor” operada por la censura onírica es posible entenderla a la luz de la “sustracción de investidura” llevada a cabo por la represión, tal como es descrita por Freud en *Lo inconsciente* (p. 177). Como el mecanismo de la represión solo es accesible de manera retrospectiva a partir de sus resultados, hemos de partir del hecho de que una estimulación pulsional [*Triebregung*] ha traspasado la frontera entre los sistemas. Siendo demasiado tarde para inhibirla, es juzgada por el *Prcc* como carente de sentido. Se la acoge pero sustrayéndole la libido, lo que quiere decir que la represión quita la investidura que corresponde al sistema *Prcc*, apartándola de las demás representaciones que lo constituyen. La deja como *cosa* sola, como un puro objeto de un juicio adverso. Sin embargo, la representación desinvertida permanece en el *Prcc* como una suerte de valencia libre, manteniendo la investidura *Icc* que ya tenía o recibiendo una investidura inconsciente que sustituye a la preconscious. Al *esfuerzo de dar caza* [*Nachdrängen*], tal como es ejercido sobre la representación preconscious, tiene que sumarse un segundo proceso, el de la *contrainvestidura*, para volver inteligible el proceso de sustracción de libido (ya que se trata, siempre, del destino de las pulsiones sexuales) como mecanismo de la represión. Este segundo proceso mantiene la represión, protegiéndose del asedio de la representación inconsciente mediante una contrapresión. En el interior del *Prcc* la *contrainvestidura* representa [*repräsentiert*] el gasto permanente de una represión primordial, y garantiza, además, la permanencia de esta (p. 178). Vale decir, representa el gasto de *una* represión primordial, ya que, como cada uno de los “retoños” de lo reprimido puede tener

su destino particular, la represión trabaja de manera “en alto grado individual”, pero con el fin de mantener de manera inmutable a la agencia representante psíquica fuera de la conciencia (Freud, 2008f, p. 143-145). La represión, por lo tanto, no impide a la agencia representante de la pulsión seguir existiendo en lo inconsciente. Por el contrario, perturbar sus relaciones con la conciencia, repeliendo uno por uno a sus retoños, permite a la agencia representante proliferar sin interferencias y continuar organizándose. Si la represión debe ser mantenida es porque lo reprimido primordial atrae hacia sí todo aquello con lo que puede ponerse en conexión. Es por esta razón que, además de individual, la represión tiene que ser móvil (Freud, 2008f, p. 146).

El psicoanálisis pretende reestablecer una traducción consciente de la agencia representante reprimida, al considerar que no todos los retoños de los reprimido primordial han sido apartados de la conciencia. Esto es lo que justifica que la técnica psicoanalítica invite al analizado a producir retoños de lo reprimido que, por su distanciamiento, *Entfernung*, de la agencia representante o a causa de la desfiguración, *Entstellung*, que han adoptado, han salvado la censura de lo consciente. La resistencia que la conciencia le opone es una función del distanciamiento respecto de lo originariamente reprimido. Es entonces desde las ocurrencias que se le solicitan al analizado, previa renuncia a la crítica y de la suspensión de toda representación-meta que oriente de antemano su discurso acerca de los retoños de lo reprimido, desde donde podrá reestablecerse la traducción de lo inconsciente a lo consciente (Freud, 2008f, p. 144).

En su caracterización de la censura onírica Freud todavía no tenía en cuenta los dos procesos de la represión. Sin embargo, ya es posible reconocerlos, junto con la condición de la desfiguración. La crítica despreciativa dirigida al sueño se transforma rápidamente en alegato. Los argumentos en contra del sueño y su falta de sentido comienzan a abundar y agolparse unos contra otros, sin coincidir entre ellos pero sin excluirse tampoco ni cancelarse entre sí, tal como cuenta la anécdota del *caldero agujereado*. El alegato se extiende a través de un discurso que, intentando avalarse en la posición de la duda y la certeza, busca entregar un veredicto respecto a la sustancialidad de la representación. Sin embargo, como arrastra consigo el lastre de todos los juicios contradictorios que coexisten simultáneamente en él, esa posición de inicio resulta desplazada. Es así como lo que a primera vista parecía una necesidad de la razón de entregar o quitar sentido

mediante las garantías del principio de no contradicción, se transforma en lo que efectivamente es: una defensa del sistema *Precc* ante una representación refractaria a su influencia. Se la trata en ese sistema como si proviniera desde la percepción. Ahí es donde se quiere devolver al sueño agujereado. Si su razón no puede discriminarse de comienzo, lo será en su final: su falta de sentido no sería más que la marca de una percepción errónea. Pero el desprendimiento de afecto que la represión no consigue inhibir deja traslucir el origen inconsciente de la representación y el gasto permanente que esta exige para mantenerla reprimida. Por esta razón el proceso sustitutivo es mantenido por la represión a la mayor distancia posible de su descarga por la motilidad, impedido de traspasar hasta la acción.

De ahora en más es lo carente de sentido lo que juega con el sentido. El elemento del sistema primario es el que comanda a los del proceso secundario. No pudiendo este último introducir en aquel ninguno de los valores provenientes del sujeto del pensamiento para orientar la estimulación pulsional hasta una meta consciente – o también, para orientarla hasta la representación como meta– tendrá que prestarse al juego de la movilidad inconsciente de las investiduras psíquicas, al desplazamiento y la condensación en el discurso, para que esa investidura logre finalmente descargarse. Esto es lo que hace aparecer lo cómico y lo que mueve a risa, como señala Freud (Freud, 2008g, p. 184). Pero si el soñante parece a veces “demasiado chistoso”, como le hacía notar a Freud el primer “lector y crítico” de la *Interpretación de los sueños*, eso no se debe a la persona del soñante “sino a las peculiares condiciones psicológicas bajo las cuales se forma el sueño”. En la realidad de vigilia, confiesa Freud, EL soñante de *La interpretación de los sueños*, “yo a penas merezco el atributo de chistoso”. Y la misma aclaración vale para el sueño como formación del inconsciente. Este tampoco es chistoso en sí mismo. El sueño se vuelve chistoso. Más bien, está forzado a serlo porque “tiene bloqueado el camino más directo e inmediato para la expresión de sus pensamientos” (Freud, 2008d, p. 304). El chiste es una verdadera “química de las sílabas” como dice Freud, el efecto de una composición y recomposición de las sílabas efectuada de manera forzosa, en cortocircuito respecto de la intención. *Ello* sueña, *ello* ríe, pero bajo la condición de la *Entstellung*, entendida no solo como “desfiguración” sino también como “dislocación”. Mientras que un hablante español sabe que no tiene que pedirle peras al olmo, un hablante alemán sabe que puede conseguir plata, *Silber*, sin problemas si ante un álamo plateado, *Silberpappeln*, abandona su quejumbroso

parloteo, *Pappeln*, y saca de ahí la plata, *Silber*, que ha quedado como valencia libre gracias a su silencio (Freud, 2008d, p. 304). Por último, es la referencia a la química lo que justifica la insistencia de Freud en la palabra *Abkömmlinge*, “retoño”, para caracterizar a lo que emana de lo reprimido primordial. Con el término *Abkömmlinge* Freud no se está refiriendo solo a la “descendencia” de lo reprimido primordial, sino también a sus “derivados” en sentido químico. Los retoños de lo reprimido habría que entenderlos como un compuesto derivado o desplazado de otro similar y en el que aquel, primordial, se continúa. Los retoños a los que el psicoanálisis alienta al analizado a producir son aquellos que, desfigurados, por haber resignado su figura, se prestan al juego de la fórmula literal, al desorden y dislocación o a la composición y recomposición de sus elementos.

4. Transposición, desplazamiento, ex-sistencia: de la triple consideración de la *Entstellung* a la estructura del significante.

Comenzamos este trabajo con la que en el escrito de Lacan es la última de las consideraciones freudianas acerca de la estructura del Ello. Las pulsiones de muerte hacen reinar el silencio en el Ello. El ello, como escribe Freud, se encuentra bajo el imperio “de las mudas” pulsiones de muerte, las que en silencio “querrían llamar a reposo al Eros”, perturbador de la paz. Si el silencio de las pulsiones de muerte es capaz de llamar, escribe Freud, es porque sigue “las señas”, *den Winken*, del principio del placer. La pulsión de muerte hace señas, *winkt*, a Eros, lo llama al reposo estable de lo inorgánico, con la expectativa de un placer absoluto que asoma y se despidе, que se insinúa y desaparece. Este llamar de las pulsiones de muerte a Eros mediante un signo sin significación no podría explicarse remitiéndose a una diferenciación cualquiera en el organismo de las necesidades primarias ni a procesos naturales de maduración, supuestamente vinculados al proceso primario (Winnicott, 1993, p. 193-194), haciendo prevalecer el prejuicio de un simbolismo inconsciente derivado de la analogía natural. El problema económico no puede quedar referido a un simple aumento o disminución de una cantidad de tensión de estímulo, a un ritmo en la adaptación a las necesidades, por la razón de que la tendencia del aparato psíquico a la estabilidad se encuentra sujeta originariamente a la pulsión de muerte (Freud, 2008h, p. 166). Por lo tanto, la ruptura del principio de placer no puede ser entendida como una perturbación circunstancial del equilibrio psíquico sino como una hendidura en el sujeto. Es precisamente por

esto que para Lacan la pulsión de muerte señala en dirección a una estructura que exige la función del significante. Todas las proposiciones de Freud acerca de la estructura del Ello apuntan hacia ella.

El signo sin significación, mediante el cual la pulsión de muerte llama a Eros, se ha producido por el deslizamiento del significado bajo el significante siempre en acción en el discurso del sujeto. Esta transposición, *Entstellung*, que por la incidencia del significante hace que el significado no represente nada, es “la precondition general de la función del sueño” como señala Lacan, ya que el término fue introducido por Freud por primera vez en *La interpretación de los sueños*, así como de las demás formaciones del inconsciente (Lacan, 2008b, p. 478). Primero porque las formaciones del inconsciente se articulan a partir del significante y no a través de la significación. El significante regula el orden de su texto haciendo que su interpretación equivalga al desciframiento de una escritura. Pero además, es en la hiancia abierta por los efectos del significante en su desplazamiento, *Entstellung*, donde el sujeto encuentra la estructura constituyente de su deseo. Esta ex-sistencia del deseo, *Entstellung* como traduce Lacan, que lo enmascara en la significancia por la que se escabulle (Lacan, 2008c, p. 599) es lo que vuelve al deseo incompatible con la palabra (Lacan, 2008c, p. 610) y lo que lo liga a la pulsión. El deseo es deseo de un objeto perdido.

Ahora bien, esta triple consideración de la *Entstellung* por parte de Lacan –como transposición, desplazamiento y ex-sistencia– no significa que haya que dejar de un lado el desciframiento del inconsciente y de otro el abordaje de las pulsiones, de un lado el inconsciente y del otro el Ello. Pero tampoco que haya que afirmar que ahí todo es significante. No todo es significante en el desmontaje de la pulsión, sino estructura. De esto depende que sea posible restaurar para la experiencia psicoanalítica la posibilidad de los efectos de la articulación de la defensa con la pulsión (Lacan, 2008a, p. 627, 634).

Por la materialidad irreductible que implica su estructura, el significante puede ser evocado, escribe Lacan, “bajo la forma de una lotería” [*sous la forme d'un loto*] (Lacan, 2008a, p. 627). Que por su conjunción con la muerte la vida puede ser pensada como una lotería es producto de la relación entre los dos ejes en que se despliega la estructura significante. *Forma* equivale entonces a estructura mientras que la *lotería* es menos una imagen para hacer un símil que la realización efectiva

de aquella estructura. Solo el significante, escribe Lacan, puede sostener una coexistencia de elementos en desorden en la sincronía, en los que subsiste, sin embargo, en su desarrollo en la diacronía, un orden indestructible. De la misma manera, el rigor del que es capaz el significante en la dimensión asociativa, vale decir, en el eje de la diacronía, se funda en la conmutatividad de la primera dimensión, lo que demuestra que los elementos asociados entre sí lo están solo por ser intercambiables en la sincronía. La estructura del significante, tal como es presentada por Lacan, está organizada entonces en dos ejes heterogéneos relacionados entre sí mediante la falta de relación directa, en la medida en que uno de esos ejes se presenta siempre como la contradicción del otro. Así, “la condición de consistencia” en una cadena significativa por constituir se encuentra en que lo que en ella se excluye proviene de los signos contradictorios de los que está afectada, a lo que se añade que la dimensión en que se pesquisa dicha coherencia de la cadena significativa “es únicamente la traducción” de esa falta de relación de la que es capaz (p. 627).

Diacronía y sincronía fueron forjados por Ferdinand de Saussure en el *Curso de lingüística general* con el fin de que el programa de investigación de la lingüística fuera coherente con las características particulares de su objeto. Por esta razón, no son solo los términos sino el problema que Saussure aborda con ellos lo que permite explicar lo que Lacan entenderá por traducción y la relevancia que adquiere esta para el control de la consistencia de una cadena significativa.

Con los términos diacronía y sincronía, Saussure buscaba explicitar las dificultades particulares que provoca en la lingüística la intervención del factor tiempo, en la medida en que el tiempo no es una categoría extralingüística sino una propiedad del significante. El significante no dispone más que de la línea del tiempo, decía Saussure, “se desenvuelve en el tiempo únicamente y toma las características que toma el tiempo” formando una cadena. Los elementos se alinean uno tras otra en la cadena, por lo que no es posible pronunciar dos elementos simultáneamente (de Saussure, 1986, p. 95). Cada elemento adquiere valor por oponerse al anterior y al que le sigue. Pero además hay coordinaciones que suceden fuera del discurso. Son conexiones que suceden en el “tesoro interior” que constituye cada lengua, en una serie mnémica virtual en la que una palabra evoca todo lo que sea susceptible de estar asociado con ella en ese tesoro (de Saussure, 1986, p. 148-150). Mientras que la cadena evoca la idea de una sucesión y un número determinado de términos, las

familias asociativas no se presentan ni en número definido ni en un orden determinado.

Las cosas de las que se ocupa la lingüística se encuentran ubicadas entonces sobre dos ejes que se cruzan y se oponen sin cancelarse: el de las simultaneidades y el de las sucesiones, el del estado de la lengua y el de una fase de su evolución. La dualidad radical del objeto se impone. Como la lengua no es una nomenclatura sino un sistema de valores en dependencia recíproca, es necesario estudiarla sobre ambos ejes productores de valor. Pero esto no puede hacerse de manera simultánea. La oposición entre los dos puntos de vista acerca de la lengua “es absoluta y no tolera componendas” (de Saussure, 1986, p. 108), ya que no existe un punto fijo externo o “pancrónico”, independiente de los hechos concretos que ocurren en la lengua (de Saussure, 1986, p. 120). Es por esta razón que Saussure propone distinguir una lingüística sincrónica y una diacrónica. La primera se ocupa de términos coexistentes y que forman sistema y la segunda estudia términos sucesivos y que se reemplazan unos a otros sin formar sistema (de Saussure, 1986, p. 124). La lingüística como campo de investigación se escinde producto de la duplicidad temporal de su objeto con el fin de hacer sentir la oposición de los dos órdenes y las consecuencias que aquella comporta.

Un hecho diacrónico, señala entonces Saussure, “es un suceso que tiene su razón de ser en sí mismo; las consecuencias sincrónicas particulares que se pueden derivar le son completamente ajenas” (de Saussure, 1986, p. 110). Los cambios en el sistema de la lengua ocurren por fuera de toda intención. Los hechos diacrónicos, por lo tanto, no tienden a cambiar el sistema. No pretenden cambiar su ordenación ni tampoco podrían hacerlo, ya que el sistema, en sí mismo, es inmutable. El sistema no se puede modificar directamente. No es posible producir un cambio general en él. El sistema solo puede sufrir alteración en uno u otro de sus elementos. El hecho diacrónico, por tanto, solo puede interesarse en un elemento a la vez. Actúa de manera puntual, sin saber de antemano cómo el elemento interesado en su acción quedará atado al conjunto y repercutirá en él. Si el hecho diacrónico produce consecuencias sincrónicas a pesar de no saber cómo ni cuáles es porque este no tiene su fin en sí mismo. Debido a que todos los elementos de la lengua existen por su dependencia recíproca, el hecho diacrónico hace nacer otro sistema al modificar uno de sus elementos al reemplazarlo por otro, a pesar de que el estado que resulta del cambio diacrónico, del desplazamiento que produce en el

sistema respecto de su equilibrio precedente, no estaba destinado a señalar las significaciones de las que ahora se impregna. Se aprovecha de un estado fortuito para hacerlo portador de una distinción que al poner en relación dos términos simultáneos en el sistema produce una significación. Los hechos diacrónicos, por lo tanto, pueden condicionar las modificaciones en el sistema e incluso introducir modificaciones en él, a pesar de no mantener una relación intencional con él (de Saussure, 1986, p. 110-111). La diacronía supone una dinámica, dice Saussure. Es un algo ejecutado que produce un efecto. Pero los sucesos diacrónicos tienen un carácter accidental, ya que en la lengua nada se premedita. Los elementos que componen su estado se desplazan de manera fortuita, por lo que su orden es siempre precario. Ninguna fuerza garantiza el mantenimiento de un orden existente en la lengua más que la sujeción de los hablantes al uso colectivo (de Saussure, 1986, p. 116-117).

La manera en que Lacan presenta la dimensión de la traducción en relación con la cadena significante aparece como un eco de la pregunta hecha por Freud acerca de cómo reestablecer la traducción consciente de la agencia representante reprimida. Pero la pregunta de Freud llega hasta Lacan por haber resonado también en Saussure. Es por esta razón que la traducción de la que es capaz de la cadena significante no es la traducción de algo, tampoco de la traducción de alguien. La traducción de la que la cadena significante es capaz se refiere a la manera en que esta se encuentra afectada por el determinismo sin agente de la estructura del significante. En la diacronía de cadena significante es donde se traduce, o podríamos decir también, donde se transfiere esa falta, ya sea como azar, ya sea como destino. Volviendo una vez más a la lotería, Lacan propone que es de su inorganización real “gracias a la cual están mezclados los elementos” en lo ordinal, vale decir, al azar, lo que en el momento de su salida “nos hace sacar las suertes”, mientras que es su organización de estructura los que, “al capricho del juego” permiten que sean leídos como oráculo, por lo que si se siguieran sacando números sería posible afirmar que faltan en lo cardinal (Lacan, 2008a, p. 627). Habiendo introducido de esta manera el azar y el destino, Lacan retoma la imagen freudiana del Ello como depósito de las pulsiones, pasando de la lotería al buzón [*boîte aux lettres*]. Pero no a un buzón cualquiera. Lacan piensa en la cavidad interior de una *bocca di leone* donde se combina el ídolo y el buzón. La *bocca di leone* es una piedra tallada en bajo relieve en la que se representa la cabeza de un león, símbolo de Venecia, con sus fauces abiertas. Esparcidos por las paredes de Venecia hacia el

1300 luego del intento de golpe de Estado de Baiamonte Tiepolo, las *bocche di leone* eran cajas especiales que tenían la función de recoger las denuncias secretas de delitos e infracciones destinadas a los Magistrados. Un cartel indicaba el tipo de reclamos al que estaban destinados cada una de ellas. El Ello es un depósito, incluso una reserva. Pero lo que en ese lugar se produce, sea cartas de ruego o denuncia, viene de afuera. Y si estas misivas se juntan allí lo hacen solo para dormir, arrulladas por el silencio que reina en el Ello. Esta es la razón por la que el silencio al que se refiere Freud en su texto no debe ser considerado una metáfora, como señala Lacan, sino como una antítesis “que ha de proseguirse en la relación del sujeto con el significante, que no es expresamente designada como pulsión de muerte” (Lacan, 2008a, p. 628).

Cuando Freud establece que en el sistema inconsciente no existe la negación, la duda, ni grado alguno de certeza, no lo hace para dar a entender que en el inconsciente existiría una certidumbre sin reservas; las cartas que se acumulan en el depósito del Ello no deben llevarnos a imaginar un grado cero de la significación. En esta intuición reside un anhelo que transforma al psicoanálisis en una cosmovisión, tal como advertía Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*. La bibliografía psicoanalítica, señala ahí Freud, al destacar con insistencia la tesis de los “vasallajes del yo” de *El yo y el ello*, coloca el pilar básico de una concepción de mundo psicoanalítica, tan útil para guiar la vida de los hombres como inútil en el trabajo psicoanalítico. Desenmascarando la endebles del yo y su impostada arrogancia, el psicoanálisis iluminaría el camino de su existencia guiándolos mediante una certidumbre renovada que objetiva en lo impersonal las falsas evidencias del yo que ha querido denunciar. Al tomar partido de esta manera, el psicoanalista no podría más que extrañarse y desestimar la miopía con la que avanza su trabajo debido a la eficacia con que demuestra operar la represión (Freud, 2008i, p. 91-92), cuando el sujeto del inconsciente solo está constituido con la represión. Lo que quiere decir que por estar sometido a la materialidad irreductible del significante, solo la acción en el sujeto engendra la certidumbre (Lacan, 2008a, p. 628). El aserto subjetivo que se instaura en el momento en que el sujeto alcanza una significación no proviene de un acto reflexivo a través del cual el sujeto encontraría por sí mismo su propia convicción – lo que considerando la advertencia de Freud, es lo que diría junto con el catecismo psicoanalítico: *uno está dominado por fuerzas demoníacas, se es un vasallo del ello* o incluso *se sabe que la vida es una lotería*. La certidumbre es provocada por una escansión en el significante

con el que se articula la acción. A falta de un acto psíquico generalizable en su certeza – que como hemos visto es la razón por la cual Freud introduce los sistemas y elabora su metapsicología – la cadena significativa no se cierra sobre nada sino sobre su propia escansión. La cadena está anticipada a sí misma. Va por delante de sí y a la zaga de sí. No es nada todavía, y esta nada no se reduce sino que se reafirma con la exposición sucesiva de sus componentes. Porque la cadena no es ninguno de los significantes que la componen, sino su propio movimiento de anticipación en la composición del significante. Pero al estar remitida solo a ese movimiento de anticipación, esa composición es en sí misma insignificante (Lacan, 2008a, p. 628; Lacan, 2008d, p. 767). Si es la acción en el sujeto lo único que engendra la certidumbre, esta acción acontece como un momento de conclusión en el significante. El sujeto concluye en el significante pero con la condición de introducir un elemento suplementario en la cadena con el que es posible escandir su tiempo. Es por adelantarse a su certidumbre como el sujeto la engendra (Lacan, 2008e, p. 203). El sujeto asume la falta esencial de significante cuando se vuelve cadena fundando allí su certeza. Por esta razón, Lacan insiste en *Observaciones...* en distinguir afirmación y certidumbre para mostrar que entre ellos se establece un nexo de anterioridad lógica de la primera. En ese nexo, que va de la afirmación a la certidumbre, es donde toman su lugar las incertidumbres producidas por la verificación de la acción en el sujeto. La duda se introduce en él con posterioridad al acto, en el intento de reconstruir sus condiciones, por ser estas las de la certidumbre anticipada (Lacan, 2008e, p. 204).

La afirmación, como escribe Lacan, es el primer tiempo de la enunciación inconsciente. Esta afirmación se mantiene en el segundo tiempo, el de la denegación. Una *Bejahung* está supuesta en ese modo particular de tomar noticia de la represión que es la *Verneinung*, como propone Freud en *La negación*. Si en la negación se produce una suerte de aceptación intelectual de lo reprimido, ya que se afirma un contenido de representación mediante un juicio adverso dirigido a ese mismo contenido, esta función intelectual encuentra su génesis en el juego de las mociones pulsionales primarias, Eros y pulsión de destrucción (Freud, 2008j, p. 254; 256).

Hundiendo nuevamente la mano en la bolsa de la lotería ha salido un número al azar. Este número posee en sí mismo, dice Lacan, un alcance de afirmación, sin que haya sido necesaria la vigilancia de un sujeto para producirse. 58... es el

número escogido. Ahora bien, si su alcance de afirmación puede llegar a ser provocador, en opinión de Lacan, uno es llevado a pensar en que hace referencia a una fecha. Los puntos suspensivos que acompañan al 58 nos trasladan así al año del coloquio internacional de Royaumont en que las *Observaciones* fueron presentadas como informe. Como el texto fue publicado en el año 61' en el vol. 6. de la revista *la Psychanalyse*, la aparición del número 58 en su redacción definitiva parece una elección determinada por el recuerdo de ese coloquio. Por esta razón, 58 puede llegar a convertirse en una afirmación provocadora si se tiene presente el tenor doctrinal y político de los debates que se dieron en ese coloquio. 58... (que tal vez habría que escribir así: 58') presentifica para los lectores de los *Escritos* el retorno de la crítica de Lacan dirigida a las posturas de la SPP y que *La dirección de la cura y los principios de su poder*, presentado también como informe al coloquio de Royaumont, es el resumen (Lacan, 2008c). Sabemos que un número no se escoge al azar. Sin embargo, si la ocurrencia azarosa del número vehiculiza un sujeto distinto de aquel que ejercería la vigilancia del sentido mediante la suficiencia de sus funciones psíquicas, es porque el sujeto no se ha deslizado en el número a propósito de la cantidad que este representaría sino, como señala Lacan, por la "presencia decimal" que totaliza su cifra. El número no representa nada, es un cifrado al interior de un sistema. Los puntos suspensivos después del 58 no simbolizan un llamado a la libre imaginación o a la creencia irracional. Son una notación que indica que el número se continúa, que su enumeración solo ha sido parcial, por lo que sus cifras, «5» y «8», se han independizado por un corte que las separa de las que les siguen. Si 58... es una afirmación de alcance provocador, lo es también, y sobre todo, para quienes habiendo totalizado el número en dos columnas, es decir, habiendo separado la parte entera de la parte decimal, el entero y el resto, han subsumido el valor relativo de la lectura de su cifrado en el sistema numérico a la totalización en un solo número considerado en su valor absoluto, una fecha por ejemplo, que trae hasta su recuerdo el congreso de Royaumont y los debates de Lacan contra el espíritu de la SPP. La ocurrencia del número está cifrada en un sistema que determina tanto su escritura como su lectura. No se trata por tanto de mecanismos intelectuales ignorados tras una supuesta casualidad, sino de la eficacia subjetiva de las asociaciones sobre el número que en su combinatoria despliegan la cifra de la determinación inconsciente del sujeto, tal como lo mostró Freud en su exploración psicoanalítica de los números escogidos al azar en *Psicopatología de la vida cotidiana*. Es así como el ejemplo en apariencia más abstracto demuestra lo más concreto del lenguaje y que es "en una duplicidad

fundadora del significante donde el sujeto encuentra primeramente el arroyo cubierto [*le ruisseau couvert*] por el que corre antes de surgir de él, vamos a ver por qué hendidura” (Lacan, 2008a, p. 629).

Merdre! prorrumpe el padre Ubu al comienzo de *Ubu Rey*. Palabra clave con la que se ingresa en la obra de Alfred Jarry y en la lengua del padre Ubu y que será el grito de guerra que lo convertirá en rey, utilizándola como señal para derrocar al rey de Polonia y ocupar su lugar. El genio que guio este hallazgo de Jarry ilustra en su mayor opacidad el *Witz* freudiano. La “condensación de un simple fonema suplementario ([r]) en la interjección ilustre (*merde*), entrega a la “jaculatoria [*jaculatoire*] más vulgar en francés el valor *joculatorio* [*joculatoire*]” que llega hasta lo sublime (Lacan, 2008a, p. 629). El añadido de una letra, en sí misma superflua, ha sido suficiente para introducir una dimensión lúdica de creación, una “trivialidad refinada” de lapsus, fantasía y poema, como dice Lacan. *Merdre* ocupa a partir de ahí ese lugar *joculatorio* en la epopeya de Ubu, el de ser “el Vocablo de antes del comienzo” [*Mot d'avant le commencement*] (Lacan, 2008a, p. 629). Bastan dos letras para continuar sin que se sepa de antemano hasta dónde. La ortografía *meirdre*, por vía de gematría, nos entregaría “todo lo que de promesa jamás el hombre escuchará en su historia”, ya que *meirdre* se transforma por ese método en *redimer*, “redimir”, mientras que *mairdre* “es el anagrama en que se funda lo admirable”, vale decir, *admirer*, “admirar”. No hay que olvidar, como escribe Lacan, que es al ingenio del bufón “a quien le ha sido deparado el destino de mantener disponible a través de los siglos el lugar de la verdad que Freud debía sacar a la luz” (Lacan, 2008a, p. 629).

El yo es puesto en cuestión, incluso es torturado [*met à la question*] por las pulsiones, precisamente porque el Ello no cuenta con los medios para expresarle nada. No puede testimoniarle al yo ni odio ni amor. Como dice Freud, “ello no puede decir lo que ello quiere, no ha consumado ninguna voluntad unitaria”. Por esta razón la interrogación que somete al yo no podría partir del Ello. Esta interrogación, como aclara Lacan, más bien le responde. La pregunta, por tanto, es defensiva. Mediante la señal de angustia el yo hace entrar en juego a las defensas contra una moción pulsional, *Triebregung*, proveniente del Ello. Como va a aclarar Lacan al comienzo del seminario *La angustia*, la palabra *Regung*, la “moción” pulsional, refiere a un estímulo al movimiento, a la puesta en marcha, pero en el sentido preciso de una “llamada al desorden, incluso al motín” (Lacan, 2004, p.

21). Esta aclaración de Lacan se condice con la manera con que Freud, en *Inhibición, síntoma y angustia*, ilustra la situación defensiva que ha sido movilizada por la señal de peligro dada por el yo: cierta camarilla en un Estado se defiende de una decisión que le sería desfavorable apoderándose de la prensa y trabajando la “opinión pública” hasta conseguir interceptarla (Freud, 2008i, p. 88). A través del desprendimiento de displacer el yo no se defiende de la pregunta del Ello, sino de su afirmación. El sistema de facilitaciones primeras del placer, en la que ya se encuentra constituida la forma primaria del juicio, es por donde corre el afluente del sujeto antes de que emerja de ahí. Podríamos decir entonces, parafraseando a Lacan, que el inconsciente es una cadena de significantes que se repite e insiste, interfiriendo en los cortes que le ofrece el discurso efectivo para orientar el flujo de su devenir (Lacan, 2008d, p. 760). El sujeto tiene que llegar a indicarse en el campo de donde ha emergido, ahí donde era antes de que pudiera articularse y nombrarse. Tiene que venir a un lugar ahí donde Ello era, en una anterioridad que es un lugar de ser. Es la reconquista de las tierras sumergidas del inconsciente que Freud compara con el “trabajo de cultura” del desecamiento del Zuiderzee. Si “donde Ello era, Yo debo devenir” (Freud, 2008k, p. 74), si el yo no es solo el sujeto de un devenir sino de un deber, ya que es ahí donde Ello era donde debo yo ser, es porque el *Ich* de la fórmula freudiana – ...*soll Ich werden* escribe Freud–, no es el yo perceptible en los datos de la conciencia. No es *das Ich*, el yo de las funciones preconscious que gatillan la defensa o el yo constituido por identificaciones alienantes (Lacan, 2008f, p. 393). *Ich* designa al sujeto de la frase desprovisto de todo artículo objetivante. Es una partícula significante, un *shifter* o indicativo, que sin comprometer ninguna representación de la singularidad del sujeto, funciona en el enunciado como el índice del sujeto en cuanto habla actualmente. A partir de este se puede responder a la pregunta por el sujeto del inconsciente una vez que se ha reconocido en él la estructura del lenguaje (Lacan, 2008d, p. 761).

5. La ex-sistencia de las pulsiones, una distorsión esencial del sujeto en la estructura.

Las pulsiones no están en su lugar. Las pulsiones ex-sisten y de eso depende que el sujeto también pueda existir alguna vez. Las pulsiones se proponen en una deposición, en una “barahúnda de persona desplazadas” [*cobue de personnes déplacées*] (Lacan, 2008a, p. 630) tal como se observa en el sueño de *la bella carnicera* con el que Freud ejemplifica la *Traumentstellung* o la *desfiguración onírica* (Freud, 2008d,

p. 164-169). Del sueño lo único que interesa a Freud es su elaboración del sueño, vale decir, su estructura de lenguaje. Si el deseo del sueño está significado como insatisfecho, ya que la paciente ha debido renunciar en él a su deseo de dar una comida, lo está por el significante. El sueño procede entonces por efecto de la metáfora; el sueño es la metáfora del deseo. En el sueño la paciente no tiene nada más que un poco de salmón ahumado en su despensa, insuficiente para recibir a sus invitados, y a pesar de sus esfuerzos, no logra conseguir nada más. El mercado está cerrado, su teléfono, descompuesto. Pero ese salmón ahumado, que es lo único que tiene para ofrecer en el sueño, es el objeto del deseo de una amiga, que le ha comentado al pasar lo bien que se come en su casa. Como señala Freud, el salmón ahumado aparece en el sueño como el sustituto del objeto del deseo de la soñante, el caviar, del que ella activamente se priva en su vida diurna. En la sustitución metafórica del salmón por el caviar, ya que un significante se ha puesto en el lugar del otro, se produce un efecto de sentido positivo, por el que el sujeto pasa al sentido del deseo. Es que ella no hace más que rechazar la intención de su marido el carnicero, de quien está muy enamorada, de querer colmarla con el caviar de su deseo. Le ruega que no le regale el caviar que quiere, porque si ella le ha expresado ese deseo es con el único fin de preservarlo insatisfecho. La soñante, como dice Freud, tiene el deseo de tener un deseo insatisfecho. El significante caviar simboliza al deseo como inaccesible. Pero por haberse deslizado en el caviar, el deseo de caviar, es decir, el caviar como objeto del deseo, es su metonimia. Es la carencia de ser en que se mantiene el deseo y lo que hace que una significación siempre remita a otra significación, manifestando el poco de sentido [*le peu de sens*] que hay en el fundamento del deseo (Lacan, 2008c, p. 592-593).

El sueño está hecho para reconocer el deseo a la deriva del significante. Lo que pretende su interpretación, por tanto, es que el soñante vuelva a encontrarse en él como el deseante que es. Todo lo contrario de una práctica cuya pretensión es rectificar la *distorsión del yo* reduciendo las necesidades ahí donde estas comienzan a proliferar, desajustándose de la realidad por su articulación con el lenguaje. Se asume que es preciso conocer la realidad para subsistir en ella y esa labor ha sido entregada al yo a partir de la experiencia acumulada en él. Pero la prueba de realidad depende a su vez de que haya existido una satisfacción suficiente de las necesidades. Para la práctica de la *distorsión del yo* el éxito de la adaptación a la realidad dependerá de lo ajustado que fue la satisfacción de las necesidades primarias del niño por parte de la madre. Este ajuste (o este ajuste previo al ajuste,

mediante el cual el yo incorpora al ello) es lo que en la práctica de la *distorsión del yo* se llama *self*. La *distorsión del yo* se pesquiza en términos de *self* y de la naturaleza defensiva de este. Ahora bien, que la necesidad del ser humano tenga que pasar por el lenguaje y deba traducirse en él como demanda para poder satisfacerse, para la práctica de la *distorsión del yo* no modifica en nada el estatuto de la necesidad. Esta le supone un sujeto a pesar de que ha sido el significante el que ha sustituido a la necesidad dando como resultado el deseo. La práctica de la *distorsión del yo* no reconoce la existencia del registro simbólico en juego. Así, un paciente, al decirle a su analista que el “buen manejo” experimentado por él durante una sesión “es una comida”, da cuenta de una sustitución en el significante, a pesar de que el analista replique que “no podría haber afirmado lo contrario” a partir de la suposición de que a la necesidad no le ha pasado nada por haber sido dicha de esa manera y no de otra (Winnicott, 1993, p. 184). Se sabe que “una comida” no es lo mismo que ser “alimentado”, que alguien puede disfrutar de ella a pesar de no haber probado bocado. Pero suponiendo un sujeto en la necesidad el analista de la *distorsión del yo* hace del lenguaje un medio inerte de comunicación con el que se designan los objetos de la necesidad. No es necesario preguntarse por lo que fue servido a la mesa ni por lo que le ha faltado a su comensal para que este lo alagara de esa manera haciendo uso de sus propios términos, vale decir, sometiendo su satisfacción al significante. Y todo esto a pesar, además, de que es una cuestión de traducción lo que está a la base de la práctica de la *distorsión del yo*, ya que proviene de la manera en que fue traducida al inglés, como *ego distortion*, la *Entstellung* de principio en toda pulsión (Lacan, 2008a, p. 636; 2008c, p. 599).

El deseo de caviar de la “espiritual carnífera” es un deseo de mujer colmada, que es lo que ella no quiere ser. Desea lo que no quiere, y en ese aparente callejón sin salida de la necesidad es donde encuentra la escapatoria hacia el campo de los deseos. Si se identifica con su amiga es en lo que aquella tiene de inimitable, vale decir, en ese deseo insatisfecho por el salmón ahumado. El deseo de la paciente responde a la demanda de su amiga de ir a cenar a su casa. Y son los celos que siente por la manera elogiosa en que su marido habla de ella lo explica que su petición no se haya debido solo a que se come tan bien en su casa. Sin embargo, su amiga, flaca como es, no podría ser del gusto de su marido. Pero formulado lo que no podría ser hace asomar un deseo en su marido ahí donde aparece más plenamente satisfecho en sus gustos y lo que explica que en su sueño su demanda fracase. Porque su amiga le ha confesado su deseo de subir un poco de peso y solo

falta que ella colabore haciéndola engorar para que su marido termine encontrando en qué fijarse. Más vale no dar comidas si ese será su resultado. El sueño hace del deseo de su amiga el fracaso de su demanda. El sujeto se convierte en pregunta: ¿cómo puede ser amada otra por un hombre que no podría satisfacerse con ella? En la cual la mujer se identifica con el hombre y la rebanada de salmón toma el lugar del deseo del Otro. Todo en el sueño ha fallado. Este deseo no alcanza para nada, por lo que la “espiritual carnicera” no tiene más remedio que renunciar al deseo de dar una cena, pero no sin antes haber contrariado el deseo de Freud de que todo sueño es un cumplimiento de deseo (Freud, 2008d, p. 166; Lacan, 2008c, p. 596).

En este tumulto de personas desplazadas el sujeto ha encontrado una oportunidad de existir, ha encontrado un lugar en el Otro haciéndose agujero en las pulsiones. Por formularse en la demanda la satisfacción de la necesidad, en toda satisfacción de la necesidad es exigida otra cosa que la satisfacción, que esta se encuadre en la hiancia del deseo. El deseo se encuentra en el sujeto por la condición que a este le impone la existencia del discurso. En la hiancia abierta por el efecto de los significantes es donde el sujeto encuentra la estructura de su deseo. Por esta razón, el deseo no es asumido por sujeto que dice Yo [*Je*] en su palabra. El deseo no es articulable pero está articulado en el lugar del Otro como discurso. Es por tanto la gramática de ese discurso la que debe ser aclarada. Porque no es debido a una contingencia ocurrida a la necesidad, sino por estructura, que el deseo no encuentra su satisfacción, que se forma como lo que sostiene la metonimia más allá de la demanda que ha sustituido a la necesidad. El deseo es un término negativo, una negación, un efecto de pérdida sobre el que se afirma el sujeto.

El origen de la negación no es un problema de génesis psicológico sino un problema de estructura, por lo que debe ser abordado en el material de la estructura (Lacan, 2008a, p. 631). La especificidad que comportan en todas las lenguas las partículas que modulan y matizan la negación ofrecen a la lógica formal, escribe Lacan, “ocasiones de impar”. Más precisamente, se ofrecen a ella como *oddities*. Con este término inglés, solo traducible de manera aproximativa al francés o al castellano, Lacan quiere destacar la singularidad que el significante mantiene con el lugar asignado a la negación. Traducido al francés como *impair*, *odd* refiere a una aberración de la conducta. En sus traducciones de Poe, Baudelaire lo vierte al francés como *bizarre* (Lacan, 2008g, p. 35; 56) En castellano *odd* es tanto *impar*,

como en *odd number*, como *extraño* en el sentido de algo disparejo, inusual. Las partículas de la negación son singulares, se comportan de manera extraña, por lo que “prueban perfectamente que participan de una distorsión esencial, o sea, de otra traducción de la *Entstellung*, válida si se la refiere a la topología del sujeto en la estructura signifiante” (Lacan, 2008a, p. 631). El uso de la negación en francés permite distinguir entre un uso forclusivo y uno discordancial, o expletivo [*explétif*], de la negación. El primero refiere a la negación propiamente dicha. En ella se utilizan dos vocablos, el *ne* y luego *pas*, *plus*, *rien*, *jamais*, *personne*, *goutte*, *mie*. El movimiento introducido por el elemento discordancial, *ne*, que hace girar la frase hacia la negación, debe ser concluido necesariamente por el elemento forclusivo final que, cayendo sobre el verbo, niega toda la frase, como en expresiones del tipo *Je ne sais pas*, *Il n’y a personne*, *Je ne t’aime plus*, *Je ne vois rien*, etc. El segundo uso, el discordancial, solo utiliza el *ne*. Tal como advierte Lacan, la lógica formal ha tomado distancia de las formas gramaticales que vehiculan esta partícula librada a sí misma ya que parece caprichosa y parcial. Se la juzga como un relleno sintáctico que ha sido preservado por el uso ya que no agrega nada al sentido de la frase. Por sí solo, el *ne* expresaría una discordancia en la frase porque la completa a pesar de ser inútil o innecesaria para su sentido. Sin embargo, es por el lugar en que queda ubicada, permaneciendo suspendida entre el proceso del enunciado y el de la enunciación, que desempeña su papel. La supuesta parcialidad del uso que la mantiene en la lengua se aclara de esta manera, ya que esta está referida a un campo de lenguaje que ha de distinguirse, como propone Lacan, como el campo del enunciado (Lacan, 2014, p. 97; 2008a, p. 631).

Je crains qu’il ne vienne es el ejemplo utilizado por Lacan. A pesar de incluir la negación, para un hablante francés esta expresión quiere decir temo que venga, no temo que no venga. Por esta razón, esta expresión permite captar cómo la partícula negativa, *ne*, pasa desde la enunciación al enunciado, permaneciendo entre el temor y la llegada. En el nivel de la enunciación, *ne* recae sobre la articulación signifiante, sobre el signifiante dicho en acto, tal como sucede en la negación freudiana, como un *yo no digo que...*, mientras que en el nivel del enunciado esta reduce su acento, articulando el temor y su objeto. Es posible sentir en este giro lingüístico, escribe Lacan, el deseo constituyente de la ambivalencia propia del inconsciente. Mientras que el *Je* del discurso señala la presencia en el enunciado de aquel que enuncia ese deseo teñido de temor, el sujeto de la enunciación, aquel que transparenta su deseo, se encuentra en el *ne*, anticipándose al arribo de lo

esperado. Sin el *ne*, el Yo [Je] queda elidido del acto de la palabra en lo impersonal de un puro enunciado (Lacan, 2008d, p. 761; Lacan, 2008a, p. 632). En tanto que habrá hablado y su palabra habrá recibido una respuesta en el Otro, el sujeto también se vuelve un significante, pero no un significante cualquiera. El sujeto se vuelve el significante que falta. Poniendo en juego una cadena significante, el sujeto se señala, mediante un significante sin significación, como el lugar vacío de donde todo proviene. Es la forma gramatical vacía del yo la que acoge la falta de significante el desplazamiento del sentido de un significante a otro. El efecto de la defensa ha modificado al sujeto, afirmándolo bajo un aspecto negativo con que se dispone el vacío en el que este encuentra su lugar. El sujeto es el elemento más radical en la secuencia discontinúa de la cadena significante, ya que es en el corte donde reside y desde donde asegura su subsistencia de cadena (Lacan, 2008d, p. 762; Lacan, 2008a, p. 632). En el significante el sujeto se percata de que puede llegar a faltar en la cadena de lo que él es. La puntuación que del significante recibe la pregunta sobre el Ello no encuentra más eco que el silencio de la pulsión de muerte.

Referencias

de Saussure, F. (1986). Curso de lingüística general. (A. Alonso, Trad.) Buenos Aires: Losada.

Freud, S. (2008a). Más allá del principio del placer. En S. Freud, Obras completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XVIII, págs. 7-62). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008b). El yo y el ello. En S. Freud, Obras Completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIX, págs. 13-66). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008c). Esquema del psicoanálisis. En S. Freud, Obras Completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XXIII, págs. 139-210). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008e). Recordar, repetir y reelaborar. En S. Freud, Obras Completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XII, págs. 145-158). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008g). Lo inconciente. En S. Freud, Obras Completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIV, págs. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008f). La represión. En S. Freud, Obras Completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIV, págs. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008d). La interpretación de los sueños. En S. Freud, Obras Completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. IV y V). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008i). Inhibición, síntoma y angustia. En S. Freud, Obras Completas (Vol. XX, págs. 83-164). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008j). La negación. En S. Freud, Obras Completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIX, págs. 253-257). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008k). 31° Conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. En S. Freud, Obras Completas (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XXI, págs. 53-74). Buenos Aires: Amorrortu.

Fenichel, O. (2008). Teoría psicoanalítica de las neurosis. Barcelona: Paidós.

Gasteasoro, M. (2019). Un fracaso editorial. Otto Fenichel y la futura Standard Edition. Me cayó el veinte (40), 93-112.

Lacan, J. (2008a). Observación sobre el informe de Daniel Lagache: "Psicoanálisis y estructura de la personalidad". En J. Lacan, Escritos 2 (T. Segovia, Trad., págs. 617-652). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2008b). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En J. Lacan, Escritos 1 (págs. 461-495). Buenos Aires: Siglo XXI.

Freud, S. (2008h). El problema económico del masoquismo. En S. Freud, *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. XIX, págs. 165-176). Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (2008e). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma. En J. Lacan, *Escritos 1* (T. Segovia, Trad., págs. 193-208). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2008d). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En J. Lacan, *Escritos 2* (T. Segovia, Trad., págs. 755-788). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2008c). La dirección de la cura y los principios de su poder. En J. Lacan, *Escritos 2* (T. Segovia, Trad., págs. 559-616). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2008f). La cosa freudiana, o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos 1* (T. Segovia, Trad., págs. 379-410). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2008g). El seminario sobre "La carta robada". En J. Lacan, *Escritos 1* (T. Segovia, Trad., págs. 23-72). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2014). El seminario de Jacques Lacan. Libro 6: El deseo y su interpretación. (G. Arenas, Trad.) Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2004). El seminario de Jacques Lacan. Libro 10: La angustia. (E. Berenguer, Trad.) Buenos Aires: Paidós.

Lagache, D. (1982). La psychanalyse et la structure de la personnalité. En D. Lagache, & E. Rosenblum, *Œuvres* (4). Agressivité, structure de la personnalité et autres travaux (1956-1962) (págs. 191-237). Paris: Presses Universitaires de France.

Winnicott, D. W. (1993). La distorsión del yo en términos de verdadero y falso self. En D. W. Winnicott, *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional* (págs. 182-199). Buenos Aires: Paidós.